

Último encuentro

Teatro

María Dodera



Ediciones Mis Escritos
Colección: Literatura Digital Contemporánea
www.misescritos.com.ar

ÚLTIMO ENCUENTRO

Teatro

María Dodera



Ediciones
Mis Escritos

Dodera, María

Ultimo encuentro / María Dodera ; ilustrado por
Alejandro Persichetti ; prólogo de Iani Haniotis
Curbelo. -

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Mis Escritos, 2021.

CD-ROM, PDF

ISBN 978-987-8386-31-7

1. Teatro Uruguayo. I. Persichetti, Alejandro, ilustrador. II.
Curbelo, Iani Haniotis, prólogo. III. Título.

CDD U862

© María Dodera

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por
cualquier medio o procedimiento, sin el consentimiento explícito de
su autora.

Imágenes de portada, contraportada y afiche: Alejandro Persichetti

1ª Edición - 100 ejemplares

Editado en Argentina - mayo 2021- por

Ediciones Mis Escritos

editorial@misescritos.com.ar

www.misescritos.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Prólogo

La publicación de un texto de una obra teatral como ‘Último encuentro’ supone una muy grata sorpresa. De forma preliminar, y antes de ir a la obra en sí misma, será cuestión de explicar un poco por qué grata y por qué sorpresa. Para ello conviene brindar un poco de contexto, especialmente para quien llegue a este escrito sin estar familiarizada/o con quien lo ha escrito.

Hablar de María Dodera es hablar de uno de los nombres más importantes de la escena teatral uruguaya contemporánea y la primera razón para señalar lo grato de la sorpresa es que la aparición de este libro coincide con el 30 aniversario de MaDo — nombre con el que María Dodera firma normalmente sus trabajos de dirección y producción —.

Desde el año 1991, con ‘El segundo pecado original’; que ya le valiera distinciones, premiaciones y reconocimientos que la llevaron más allá de fronteras; comienza un recorrido de más de una producción anual, algo más que meritorio si se considera, por un lado, que se trata de un país como Uruguay, pequeño y con pocos medios destinados a la cultura, y por otro, si además se trata de alguien que ha luchado por llevar adelante su

trabajo de forma independiente y basado en la autogestión. Esto se fundamenta en poner ante todo la libertad creativa y también en un compromiso con la forma de entender el arte y su rol en la sociedad. Puede que ello también sea lo que, sin embargo y en cierto modo todavía hoy, mantenga su nombre algo confinado al público de teatro, a la crítica especializada y a las instituciones relacionadas con el teatro.

Lo precedente se ve avalado si se echa una mirada a su prolífico y exitoso recorrido por el mundo de las tablas, que la ha llevado a ser invitada — sea para formarse, para ella también formar, como directora, para presentar sus obras o para participar de conferencias — a otros países de América Latina, América del Norte y Europa. Y dentro de Uruguay a cosechar año a año nominaciones y premiaciones, donde se destaca la prácticamente continua presencia en alguna o algunas de las categorías del Premio Florencio Sánchez, otorgado por la Asociación de Críticos Teatrales del Uruguay.

En el universo MaDo no hay templos sagrados, el teatro es una experiencia de convivencia con el público y esta se puede dar en cualquier lado: detrás de las bambalinas del edificio teatral, en una casa, en la playa, cruzando la bahía del puerto de Montevideo, en un café, en el sótano de un bar, en lo más alto de un rascacielos o

teniendo lugar en el mismísimo edificio del parlamento nacional.

En dicho universo tampoco hay discursos sagrados, se consideran autoras/es nacionales e internacionales, nombres más conocidos y otros no tanto, y se discute con ellos, se los cuestiona y se producen intervenciones que no dejan el texto como aparece en la hoja. Y los medios para eso no están sujetos solo al espacio donde la obra cobra vida, sino respondiendo a una estética y a una ambientación sonora y musical particulares — al punto tal que es frecuente encontrar a quien se encarga de la música como un personaje más de la obra —.

La suma de todo lo mencionado pone de manifiesto la necesidad; o según como se mire, la obligación; de una reinvención constante de María Doder a la hora de abocarse a cada nuevo desafío artístico. Y esa capacidad de reinvención, considerando que al mismo tiempo la autora tiene la convicción de que; como ha dicho de sí misma en una reciente entrevista; ella lo que hace es escribir desde el escenario, lejos de poner hoy con esta publicación a la lectora / al lector frente a una contradicción, lo que hace en realidad es mostrar otra faceta más en su proceso de reformulación de los retos artísticos que lleva a cabo.

Allí radica otro de los motivos para mencionar que la presente publicación sea tanto grata como una sorpresa. Hoy María Dodera inicia un proyecto exclusivamente desde la hoja. No es, desde luego, la primera vez que acomete la tarea de escribir, ya lo ha hecho en solitario o en coautoría. La singularidad de este escrito de autoría propia está en que fue primero concebido como tal y, por fortuna, para ser publicado — algo que quedará como un necesario documento impreso de su obra —, para poder recién luego ser representado. Por añadidura, es muy posible desde ya especular con que la puesta en escena de su propia obra responda a su modo habitual de operar y que cuando lo haga se vea también sometido a la reescritura y la intervención.

Pasando, ahora sí, a la obra en cuestión, conviene mencionar que la muy grata sorpresa se origina también en el texto en sí mismo. 'Último encuentro' tiene un valor que trasciende cualquier tipo de información sobre los antecedentes de su autora. Lo que se quiere decir es que su trayectoria como directora no debería verse como algo que en sí mismo brinde garantías a su escritura y 'Último encuentro', para el caso y como obra escrita de dramaturgia, se presenta como un texto con absoluta calidad y vida propias. Donde puede notarse la mano de quien escribe, por cierto, es en un aspecto que tiene como

consecuencia un factor doblemente positivo: el texto de la obra puede perfectamente leerse como tal, es decir, como un texto literario en sí mismo, y al mismo tiempo puede verse que está concebido por alguien que entiende muy bien cómo dejar mucho espacio tanto para la interpretación actoral como para su puesta en escena, constituyendo así una cabal obra dramática.

La obra tiene una estructura muy bien equilibrada en tres partes; identificadas con el amanecer, el mediodía y el atardecer de un domingo; y sabe muy bien en todo momento a dónde quiere ir. Por un lado los personajes se expresan comunicando lo necesario, sin peligro alguno de ofrecer información insuficiente para su lectura, algo que enriquece el ritmo de su desarrollo.

Atendiendo al contenido de la obra puede decirse que a María Doderá no le tiembla el pulso a la hora de tratar los temas en los que quiere incursionar. 'Último encuentro' es una obra potente y que se adentra en cuestiones escabrosas de la existencia individual y colectiva.

No es propósito aquí entrar en los detalles de lo que la obra cuenta, porque para eso está ella misma y lo hace muy bien. Más interesante resulta establecer un diálogo con el texto que sigue a continuación. Allí se presencia el encuentro entre dos hombres, Juan y El Cabeza. Dos hombres que pertenecen a dos realidades diferentes, o

incluso, si se prefiere, a dos mundos diferentes que conviven, y en ese cruce entre realidades / mundos es que se produce el contacto entre ellos. Ya desde el inicio pueden intuirse la pertenencia a esos dos mundos: uno tiene nombre y el otro no, solo un mote que lo identifica. La pregunta sería qué puede suceder a partir de ese encuentro.

El concepto de encuentro se ve multiplicado, pues, ¿qué tipo de encuentro propone en definitiva la obra? Primero puede señalarse algo que aparece de forma explícita: la referencia a la novela 'El último encuentro' del escritor húngaro Sándor Márai. Más allá de la serie de posibles comparaciones a lo que esto puede conducir; o también en algún grado, de paralelismos; más bien parece tratarse de una pieza más dentro del engranaje sobre el que está construida la obra.

Dicha pieza pertenece a una serie que la obra utiliza para presentar a esos dos hombres y sus respectivos mundos, ya no solo en su convivencia, sino en su colisión con sus respectivas consecuencias. ¿Qué puede esperarse de un encuentro original en el que existe una clara asimetría entre las dos partes? ¿En la que en ese origen uno es mayor de edad y el otro menor? ¿En la que uno pertenece a una clase media, con acceso a la cultura (donde se leen autores como Sándor Márai) y trabaja en un centro de detención de menores, y el otro es un marginado social y superviviente a costa de una vida criminal?

La escritura de María Dodera ingresa en estas cuestiones y su riqueza está en que las trata sin afán moralizante ni decantándose por ninguno de los dos personajes, trasladando así las interrogantes a quien lea el texto para intentar encontrar una posición. Algo que dista de ser fácil, porque los asuntos planteados tienen que ver con cuestiones que nunca dejan de promover la discusión consigo mismo y con los demás. ¿Dónde están el bien y el mal? ¿Se nace con ellos? ¿Son el entorno y las circunstancias sociales los que dirigen las acciones de una persona hacia uno o hacia el otro? ¿Es el amor posible o es una máscara, una ilusión, una válvula de escape? Y si es posible, ¿bajo qué condiciones? ¿Resulta siempre aceptable? ¿Cuándo, incluso, podemos llamarlo amor y no abuso o, incluso, pederastia? Y ¿cuántas caras tiene el abuso, sea social, institucional o personal? ¿Cuáles son las posibles consecuencias para quien lo padece? ¿Se puede justificar la violencia? ¿Cuándo? ¿Qué formas puede tener? ¿Qué consecuencias asimismo pueden tener los actos propios sobre la vida de una persona? ¿Cómo convivir para el resto de la vida con esas consecuencias? ¿Con qué herramientas se puede contar para hacerlo? ¿Es posible empezar de nuevo? ¿Cuál sería el precio para eso? Finalmente, ¿qué sucede cuando el lenguaje resulta insuficiente, la comunicación no funcione y el diálogo termine imposibilitado?

Muchas de estas interrogantes; entre, desde luego, otras posibles; pueden generarse a través de la lectura de 'Último encuentro'. Pero el trazo de María Dodera se dedica menos a elucidar respuestas que a lisa y llanamente contar una historia y, a través de ella — como antes señalado —, quien la lea, se verá llevado a tener que encontrar una posible posición y, finalmente, a hurgar en sí misma/o para poder lograrlo. En definitiva, el texto presente cumple con una máxima del arte y es algo que las puestas en escena de la autora vienen logrando desde hace 30 años: producir un acto transformativo en el que, quien presencie la obra, quien ahora lea este texto, salga diferente a como entró. Este aspecto coincide además con lo antes sostenido a propósito del carácter de reinención permanente de María Dodera y en su forma de entablar un diálogo con el público y, ahora, con las/los lectoras/es: ella es la viva muestra de lo que quiere promover, porque lo hace desde sí misma. Esto indica una ética de la artista y de su compromiso con el arte a través del teatro.

En las próximas páginas será posible acercarse a dos individuos con los que el proceso habitual de identificarse con los personajes resulta muy difícil, lo que no es un impedimento para poder entender a cada uno, al tipo de relación existente entre los dos, a los conflictos que tienen en común y de forma individual, algo que en suma es muy

humano. Al mismo tiempo, hay una presencia tanto material como simbólica del mundo orgánico que los rodea, de los animales y, en especial, de las lombrices. Puede que sobre estas últimas recaiga alguna de las claves interpretativas de la obra, ya que, como en algún momento se menciona, comen bosta para crecer sanas, potentes y multiplicarse.

En este rendez-vous que es 'Último encuentro', para finalizar, hay que celebrar entonces su publicación y que esta coincida con el 30 aniversario como creadora de un universo teatral de su autora. Es de desear que este encuentro que hasta hora venía siendo con el público a través de la puesta en escena, y ahora lo es con las/los lectoras/es en formato impreso, sea un nuevo eslabón en la cadena de reinención creativa de María Dodera al que le sigan nuevos escritos como el presente. Así lo espera con grandes expectativas quien escribe estas líneas.

Iani Haniotis Curbelo

ÚLTIMO ENCUENTRO

«No hay cerro, ni selva, ni desierto, que nos libre del daño
que los otros preparan para nosotros»

.....

«Me entregué por completo al mundo de la fuerza. Para
compensar mi debilidad con el puto mundo de la fuerza»

Angélica Liddell

La casa de la fuerza

«¿El fin de qué? Nada está llegando a su fin en realidad,
más bien se está disolviendo en el aire y sobreviviendo en
forma diferente.»

Franco «Bifo» Berardi

Fenomenología del fin

ÚLTIMO ENCUENTRO
Obra de teatro en tres cuadros

Personajes

Juan *Hombre de mediana edad*

El Cabeza *Joven de unos 27 años*

Día domingo. Mucha niebla. La acción se inscribe en un cruce de dos rutas, lejos de toda urbe.

1

Domingo. Justo antes del amanecer

(En un cruce de dos rutas, alejado de la ciudad. Niebla. Domingo antes del amanecer... Un hombre de mediana edad trabaja en un criadero de lombrices de tierra. El Cabeza, joven de unos 27 años llega en una camioneta negra, de la que se baja dando un portazo)

Cabeza: ¡Llegué, men! Sí, ¡acá estoy!

Juan: (Levanta la vista y hace un ademán) Ah, ja.

Cabeza: Me costó llegar, pero llegué. El camino es estrecho, muchas curvas. ¿No pudiste encontrar un puto lugar mejor? ¿Un lugar más a mano de los hombres? No sé, parece que quisieras esconderte de alguien, de algo; men.

Juan: *(Se muerde el labio inferior, lo observa insistentemente).*

Cabeza: Brother, ¿te volviste mudo? Mirá, brother; fuiste vos que me mandaste buscar. Para decirte la verdad no esperaba tu búsqueda después de tanto

tiempo. Perdón, por llamarte brother. Quizás lo sentís un poco mucho. Bueno, me gusta llamarte de una forma familiar. Necesito de vez en cuando sentirme como en intimidad, como en casa. Bueno, ¿qué hacés? No hubiera imaginado un lugar así para vos, men. ¿Qué es de tu life?

Juan: (*Mirándolo fijamente*) Gracias por venir.

Cabeza: Brother... perdón, ¿te molesta que te llame brother? No, no. Espero que no. Brother, sabías que a la primera llamada tuya iba a venir ¿verdad? Lo sabías, men. ¿Qué cosa querés?

Juan: Nada especial. Capaz... pensé que teníamos que vernos alguna otra vez... creciste (*Se queda mirándolo*).

Cabeza: Bueno, sí. Poco original. Algo, supongo. (*Se ríe*) Lo justo y necesario. ¿Qué hacés en este puto lugar? «Se parece al fin del mundo, *men*». (*)

Juan: Me cansé del ruido. Me cansé de todo y me vine hasta aquí. Desde aquí se puede mirar mejor a lo lejos,

(*) El accidente. Gabriel Peveroni

no sé... y mientras estoy aquí, me dedico al criadero de lombrices.

Cabeza: Naaa. No te la llevo.

Juan: Sí, necesitaba hacer algo así, sentirme productivo, algo positivo para otros. Productivo para cualquier desconocido, es la manera de sentirme generosamente útil. También necesitaba leer. Mirá, tengo muchos libros que leer antes de morir. Pensé esto, y me traje mis libros preferidos. También necesitaba mirar a lo lejos, muy lejos. ¿Viste que lejos se puede mirar desde aquí? ¿A qué distancia estamos de la línea donde se juntan el campo y el cielo?

Cabeza: Pará la bocha, *men*. Te volviste loco.

Juan: ¿Y vos?

Cabeza: Bien loco, *men*. Yo siempre estoy bien loco, *men*. ¿Cómo es eso de tus lombrices?

Juan: Mmm, ¿y ese libro?

Cabeza: La Biblia.

Juan: ¿Ahora lees?

Cabeza: No. Leo la Biblia.

Juan: *(Levanta la vista y hace un ademán)* Ah, ja.

Cabeza: Y entro a las iglesias, a todas las iglesias, y si están abandonadas mucho mejor. Me volví devoto de la Virgen y de San Cono. Una vez al año voy al pueblo de San Cono y lo sigo en la procesión, después doy una vuelta en la rueda gigante del parque de diversiones del pueblo, me morfo una torta frita, después doy la vuelta y vuelvo a mi cucha. Todos los putos años lo mismo.

Juan: Un ritual.

Cabeza: ¿Lo qué?

Juan: Digo...pueblo, procesión, San Cono, calesita, torta frita. Todos los años. Un ritual.

Cabeza: Todos los 3 de junio, por si te suma algo.

Juan: No, nada. Me es llamativo. *(Ríe)*. Es como volver a conocerte.

Cabeza: Naaa... simple. Todo eso me da paz. Pero, ¿cómo es eso de las lombrices?

Juan: Mirá esas palanganas de allá, llenas de tierra. Ahí adentro hay lombrices que nacen, crecen, cogen y nacen, crecen, cogen y crecen... Inventé un sistema de riego para que estén abastecidas las veinticuatro horas, tienen la temperatura adecuada, en fin ellas felices y yo también. Mira hacia allá. Ves bosta de caballo, ¿verdad? Bueno, ok. Sí, es bosta de caballo. La voy a buscar al campo de un vecino. Para él es un favor, un trabajo que a él le sale gratis, se saca toda la mierda de encima y yo me la traigo, la dejo secar un par de días en ese predio de allá. Es parte del proceso. Esa bosta es lo que comen las lombrices para que crezcan sanas, potentes y se multipliquen. Bueno, es muy sofisticado todo y lleva su laburo, pero en síntesis es algo así. Otro día, si te interesa, te cuento en detalle.

Cabeza: *(Se ríe)* Brother, usted siempre haciendo comer mierda. Perdón, se me escapó.

Juan: Sí. Me parece un poco mucho. Cabeza, ¿qué querés decir?

Cabeza: Nada, nada. Vine en son de paz. Yo... te mentí, *men*.

Juan: ¡Ah! ¿La Biblia? ¿San Cono?

Cabeza: Sí, algo de eso y todo sobre eso también... un poco. Pero me refiero a lo que dije con respecto a tu llamado. Más exactamente dije que no esperaba que me buscaras después de tanto tiempo. Bueno, es ahí, donde te mentí. En realidad, sí esperaba tu llamado. Sí sabía que en algún momento me ibas a buscar hasta encontrarme. Sí, siempre supe y lo esperé. Y...yo también te busqué. Cuando desapareciste del pabellón, yo te esperé y te busqué. Y tanto que te esperé, que en esos tiempos fue cuando aprendí a rezar. Te esperé un día, dos, tres y después fui por el pabellón vecino, fui por todos los pabellones vecinos preguntando por vos. Iba preguntando por el profe Juan, gritaba tu nombre por todos lados esos días. Le pregunté al guardia de

seguridad del pabellón, le pregunté al profe jefe Mario del pabellón y le pregunté al profe asistente Daddy. Nadie me contestaba. Y cuando me cansé de preguntarle a todo el mundo y al mundo entero, y nadie me decía algo coherente, me escapé. Recuerdo que era domingo. En los domingos se hacen las grandes cosas y buscarte era una gran cosa para mí. Un domingo me escapé y recorrí todos los pabellones de la institución, y de todas las instituciones cercanas vinculadas con jóvenes infractores. Así nos llaman: «jóvenes infractores». Y recuerdo que recorría los pabellones como un perro perdido de su amo, como un perro abandonado por su amo, como un perro abandonado por la humanidad toda, con ojos de perro abandonado, como un perro que necesitaba algo de amor, una caricia en el pecho. ¿Sabés cómo es la mirada de un perro abandonado por la humanidad entera? Es como la mirada de un botija sin madre, de un botija tirado al mundo sin madre, de un botija tirado al mundo por su propia madre. Y te grité: ¡Juan, volvé! Por favor, ¡volvé! (*Silencio*) ¿Por qué no volviste? ¿Por qué me abandonaste, hijo de puta? ¿Por qué te fuiste justo en ese momento? Vos sabías mi historia. Toda mi historia. Habías leído mi expediente. Mirá, después del primer abandono todo te da igual, querés cortarlo todo, cortarte a vos. Pero tu abandono

fue peor que el primer abandono porque yo había vuelto a creer en alguien... en algo. Me había hecho un poco amigo con el mundo. Y fue ahí justo ahí: uno, dos, tres y ¡pum! Empecé a matar. Maté una vez, dos y tres.... Y después ya te da lo mismo, querés matarlo todo, querés matar a todos. *Brother*; ¿qué pasó?

Juan: Otros tiempos, Cabeza, otras historias. ¿De ahí viene lo de la Biblia?

Cabeza: ¿Qué?

Juan: ¿Lo de leer la Biblia?

Cabeza: Naaa, no te sobés, *men*. Mi historia no es una novela de las tres de la tarde, de esas que miran las viejas que no tienen nada que hacer una tarde de domingo. Mi historia. Es mi historia. Es mía. Y mirá, me hago pasar por Testigo de Jehová y así hago mi trabajo. Hago mi trabajo a costa de la palabra del puto Dios.

Juan: Me perdí. ¿Creés en Dios?

Cabeza: Sí. Pero eso es otro tema y creo de una forma que solo yo lo entiendo. Lo de la Biblia es otra cosa. Con la Biblia me acerco a seres solos y hambrientos de compañía. Lo pensé como negocio, porque cada vez estamos más solos, ¿verdad? Engatuso a cualquier solitario que anda por ahí solo, esperando a alguien y ese alguien no aparece y justo ese alguien soy yo, le leo algún pasaje de la Biblia, y luego les digo lo que quieren escuchar. ¿Sabés...? Es fácil saber lo que la gente sola quiere escuchar. La gente abandonada tiene los mismos ojos que alguien que te mira cuando está a punto de morir. Son los mismos ojos de un perro hambriento de la calle, son iguales a los ojos de todos los seres abandonados. En esos ojos se ven las huellas del abandono. Y yo conozco esas huellas.

Juan: ¿Y el trabajo?

Cabeza: ¿Cuál?

Juan: ¿En qué consiste el trabajo?

Cabeza: Salvar la humanidad. *(Ríe irónicamente)*

Mirá, *men*; los domingos, todos los domingos, me escapaba del pabellón y corría hasta las vías del tren de la estación abandonada. Me escapaba con pan robado del pabellón y se lo daba a todo perro sarnoso que se encontrara en mi camino, para aliviar algo, para aliviar su mirada. Y ahí, justo ahí, descubría que mi mirada se parecía a las de todos ellos. Mi mirada era su mirada. ¿Alguna vez me miraste por mucho tiempo, *men*? Desde que vos desapareciste de mi vida me sentí más cerca de los perros que de la humanidad entera.

Juan: ¿Podemos dejar este tema? No me vas a despertar la culpa.

Cabeza: Con esta Biblia conocí a Norita... Bueno, eso es otra historia. Después si nos da el tiempo te la cuento. ¿Para qué me llamaste?
¿Después que crecen, qué hacés?

Juan: ¿Lo qué?

Cabeza: Las lombrices. Crecen, ¿y después *men*? ¿Qué puta hacés con ellas?

Juan: Me molesta que me llames *men*, me molesta que hables con los finales en inglés. *Men, life*. Me molesta tu tatuaje en el pecho «NIKE». En el pecho, ¿te parece, ¿Cabeza? Podías haberte puesto una pata de un perro si los querés tanto, pero, ¿NIKE?

Cabeza: ¡Pará la cabeza, *men*! También amo al imperio. ¿Te molesta? Y con las putas lombrices, ¿qué hacés, *men*?

Juan: Las vendo. Las distribuyo en los campos que quieran utilizar este método para alimentar a la tierra. Es un excelente abono orgánico. Las lombrices hacen túneles debajo del terreno, ingieren partículas del suelo y consumen cualquier tipo de materia orgánica para transformarla en compost y nutrientes que sirven para las plantas, para el campo, en fin, un abono natural.

Cabeza: *(Aplaudes)* Digamos que le estás haciendo un bien a la humanidad. Y más, le estás haciendo un bien al mundo entero. *(Se ríe irónicamente)* En buena hora.

Juan: ¿Qué querés decir?

(El Cabeza le hace una zancadilla. Juan cae boca abajo.)

Cabeza: Esto quiero decir, pedazo de hijo de puta. *(Lo pone boca abajo)* Puto hermafrodita como tus putas lombrices. Dejame que te voy a hacer un túnel en tu hermoso culo, *men*, que te lo vas a acordar el resto de tu puta *life*. Un túnel con abono del bueno y más fértil que el abono de tus lombrices hermafroditas. Todo normal. Todo normal. ¿Te gusta? Te voy a dejar bien abonado y te voy a dar paz con algún Salmo de esta puta Biblia. Creo que necesitábamos este encuentro, aunque sea el último. Voy a darte paz y voy a grabar a fuego nuestro encuentro en mi pecho al lado de mi tatuaje NIKE, pero solo lo vamos a ver vos y yo. Estoy seguro de que me necesitabas, *men*. Que necesitabas sentir lo que siento por vos. Uno, dos y tres; por Dios que excitado estoy, puto. Qué imponente está tu culo. Me gustás, me gustás mucho. Y te amo. Siempre te amé. ¿Pensás que lo digo ahora porque te estoy cogiendo? Nooo, no, no. Yo te amo.

(Quedan tendidos sobre la bosta, jadeantes como animales, mojados, pegajosos)

Juan: ¡Por Dios!

Cabeza: Sí.

Juan: Diez años.

Cabeza: Diez...

Juan: Un pedazo de vida.

Cabeza: Juan...

Juan: Diez.

Cabeza: Juan...

Juan: Diez años fue mucho y es lo mismo.

Cabeza: Juan... ¿Viste alguna vez, por un rato largo, los ojos de una vaca?

Juan: Sí.

Cabeza: ¿Los viste de cerca y por mucho rato?

Juan: Sí.

Cabeza: Son los ojos animales más parecidos a los ojos de los humanos; pero no de cualquier humano, de un humano que haya habitado el horror, de humanos que hayan estado en una catástrofe. ¿Me explico?

Juan: No. Puede ser. No lo había visto de ese modo. ¿Seguís con tu laburo?

Cabeza: ¿Cuál? ¿Enamorar viejas con guita? ¿Matar gente? ¿O juegos de apuesta dura?

Juan: Matar gente.

Cabeza: Sí.

Juan: ¿Nunca pensaste en dejar de hacerlo?, ¿Te arrepentiste alguna vez?

Cabeza: No. ¿Vos? *(Lo mira fijamente)*

Juan: ¿Qué?

Cabeza: ¿Te arrepentiste?

Juan: No. Cambiemos de tema.

Cabeza: No cambiamos de tema nada. Siempre la misma pregunta. Y siempre recae sobre mí. Se me revientan los oídos cuando escucho la pregunta «¿Vos te arrepentiste?» ¿De qué carajo me tengo que arrepentir, puto?

(Cambia dispositivo escénico, se prende la cámara frente al Cabeza. Se proyecta primer plano de su cara en todo el dispositivo escénico simulando unas de las tantas entrevistas del reformatorio. Su cara se proyecta en el campo verde alucinado. La imagen se fuga hasta el límite de campo y cielo)

Cabeza: *(Cabeza a la cámara)* No, no me arrepentí. No me arrepentí de nada ¿Por qué ocultarlo? ¿Para qué ocultarlo? No le encuentro sentido a eso de andar ocultando cosas. En realidad, no le encuentro sentido a

nada, pero eso es otro tema. Sigo... ¿para qué ocultar? Si todos pertenecemos a esta misma mierda de mundo. A esta mismísima mierda mundial. Uno, dos, tres balazos y después dejás de contar y apretás. Es como el deseo sexual; no podés evitarlo. Uno, dos, tres, *men*, y al suelo y vos lo gozás, te dejás ir. Negros, blancos, chinos, qué mierda me importa, es la misma basura. Todos ustedes hicieron mierda este mundo, lo envenenaron con sus verdades, y todos tienen una verdad. Sí, bueno, yo tengo la mía. Me gusta limpiar este mundo de los desechos humanos. Total... ¡somos muchos! Me gusta apretar hasta que caiga una peste, porque créanme que va a caer. Nos la merecemos. Va a caer la peste para que yo tenga que dejar de apretar. Y sí, fui yo que me escapé de esos depósitos de menores infractores, una, dos tres veces y más. Me escapaba los domingos, todos los domingos y me iba a las vías del tren que también estaban abandonadas. Y ahí me sentía en casa. ¡Jajajajaja! Menores infractores de adultos pelotudos, traficantes, drogadictos, abusadores e hijos de puta que marcan tarjeta y hacen letra de padres de familia. Porque yo lo vi. Yo viví en ese infierno. Para mí no es cuento. ¡Mierda! Menores infractores de adultos hijos de puta que se ganan su vidita burguesa a expensas de que existan menores infractores, de infringir, ¿qué puta?

Infringir, ¿qué ley? Aquí no hay leyes y sí las hay. Muchas. Leyes para ricos y leyes para los que no lo son. Leyes para blancos y leyes para los que no lo son. Leyes para putas, para putos, leyes que dicen que son la misma ley, pero según lo que se mire y con los ojos con que se miren. Y acá hay muchos ojos. Mirá, yo prefiero tener la mía y la mía es apretar. Uno dos y tres. Mirá *men*, te di la entrevista para que tengamos este testimonio para cuando ya no esté, porque de eso estoy seguro pronto no voy a estar, pero ahora no abras la boca si no te voy a meter el uno, dos y tres por tu culo, hijo de mil putas. La pregunta era si me arrepiento. No. No, me arrepiento.

(El Cabeza termina entre risas de rabia y lágrimas, se descontrola, Juan trata de volverlo en sí)

Juan: *(Lo abraza fuerte)* Cabeza, tranquilo. Ya pasó.

Cabeza: Tengo cámaras en mi mente. Cámaras todo el tiempo. Cámaras para verme mear, cámaras para verme comer, cámaras hasta para verme dormir, ¡por Dios! Cámaras domesticadas en seguirme, cámaras que me controlan. Te confieso algo: a veces sueño que tengo cámaras en mis pies.

Juan: Shhhh

Cabeza: Detesto tener cámaras en mi mente. Las cámaras generalmente son enemigas de uno. Lo exaltan a uno, te intimidan, te presionan. Te muestran a vos y vos no te querés ver ni mirar. Con los espejos no pasa lo mismo, porque los podés esquivar, a las cámaras no. Ellas insisten, insisten hasta que lo logran y después, ¿qué? Sabés que prefiero tener armas en mi mente en lugar de cámaras.

Juan: Tranquilo, Cabeza. Mirá el cielo. Mirá la línea delgada donde se juntan el campo y el cielo. Vení, Cabeza, recostate en mí que te invento un cuento. Te gustaba... ¿te acordás?

Cabeza: Si estás para hacerme el aguante, *men*, mejor léeme ese libro que tenés ahí en tu bolsito. Me acuerdo de que en el pabellón nos leías libros que llevabas en un bolsito como ese.

Juan: ¿Este?

Cabeza: Sí, ese. ¿Cómo se llama?

Juan: *(Se lo muestra)*

Cabeza: *(Lee el título)* «El último encuentro», Sandor Marai

Juan: Sándor. El autor se llama Sándor Márai. Un autor que adoro y este libro es lo más. Húngaro. Duro y poético como son a veces los encuentros.

Cabeza: Sandor (Ríe). Así se llama mi gato. Me lo regaló Norita. Yo venía siguiéndola desde hacía un tiempo, antes de tocar timbre en su casa haciéndome pasar por Testigo de Jehová. Venía expiándola en los diferentes baldíos. Cosas que hacía...pero eso es otro tema. La perseguía y la espiaba. Hasta que un día resolví visitarla en su casa y le dije que le traía la palabra de Dios. Norita fue una mina muy importante para mí. Hay muy pocas personas a las que les importé en este mundo. A Norita le importé, juro que le importé.

Juan: ¿Te enamoraste?

Cabeza: Algo.

Juan: *(Lo mira con algo de molestia)* ¿Cuánto tiempo la seguiste?

Cabeza: Mucho. Es historia bien buena en mi vida. Norita rescataba gatos en baldíos donde se formaban colonias, y yo le leía la Biblia mientras le hacía el aguante. Y así todos los domingos. Rescatar gatos es un sistema sofisticado tanto o más que lo de tus lombrices. Necesitás un trampero y todo un mecanismo de forma que cuando el gato pise la parte inferior de la trampa, esta se cierre y el gato sea víctima de ella. Y también necesitás tiempo. Mucho tiempo. Estoy seguro de que Norita nunca se creyó que yo fuese Testigo de Jehová. Pero, ¿sabés...? Nos gustaba estar juntos.

Juan: Nada sofisticado, yo tengo trampas de ratas.

Cabeza: Nooo. Recatar gatos es un arte, eso lo decía siempre Norita. Necesitás pasión, obsesión y paciencia. Y justo ahí; es cuando todo se transforma en misterio. También eso lo decía siempre Norita, es entonces que

cae el gato al trampero. ¿Alguna vez viste los ojos de un gato abandonado?

Juan: Sí. Dale, Cabeza, se parecen a los tuyos.

Cabeza. No, puto, ellos son más astutos, disimulan el abandono y el terror. Son ojos que no muestran lo patético. Ojos que seducen. Entonces, sin quererlo pasás horas por rescatarlos, por tenerlos, por hacer todo perfecto porque te despierta el deseo. De eso se trata el arte, ¿verdad? Vos que sabés de esas cosas de arte, contestame por favor.

Juan: *(mirándolo insistentemente)* ¿Cogiste con ella?

Cabeza: ¿Y eso qué importa?

Juan: A mí me importa.

Cabeza: No. Lo que a mí me importa, es lo que pasó en un instante en el que cambió todo para mí. Ese instante en el que la dejé de ver para siempre. Ese instante en el que ella me abandonó, de alguna forma. Ese puto

instante en el que perdí a Norita de mi vida, *men*. Siempre me pasa algo en esta puta vida, cuando empiezo a querer algo, se me pierde. ¿Viste cuando en la playa agarrás arena y abrís en un descuido los dedos? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa con la arena? Respondeme, ¿qué pasa con la arena?

Juan: Sí. Se pierde. Tranquilo. Cabeza.

Cabeza: En un instante... y en ese instante cambió mi vida; un instante en el que estuve parado frente a la puerta de Norita. Sabía que del otro lado de esa puerta, algo pasaba. Sí, tenía una llamada perdida de ella en mi celular, y podía suponer que algo pasaba, pero no fue por eso que sabía que algo pasaba, fue por... ¿cómo explicarlo? Sentía un fuerte dolor acá (*se toca el pecho*), no exactamente dolor, un hueco, *men*. El hueco que se siente cuando algo raro pasa, *men*. ¿Cómo decirlo? Sentía algo en la panza muy parecido a cuando vos te fuiste del pabellón, algo parecido a ese puto domingo que yo gritaba Juan por todos los pabellones de menores infractores de leyes. Mis papeles tenían el número 03 en algún lugar, por eso siempre juego a ese número en todos los juegos y por eso hago la procesión del puto santo. Y yo en la puerta de Norita; Norita (*susurre*), soy

yo, vine por vos. Y del otro lado solo silencio. *(A ella)* ¿Qué hiciste?, te dije que me llamaras cuando dudaras de algo o de alguien, cuando tengas miedo. ¿Sabés algo, *men*? Yo muchas veces siento miedo y el miedo es como cualquier catástrofe. Nosotros los que no tenemos a nadie, a veces tenemos miedo. Norita dije, habíamos quedado en eso, ¿te acordás? Perdonen me fui de lo que estaba contando. Recuerdo el frío que sentía mi mano sobre el pestillo de la puerta de Norita. Un instante. Es raro. En el instante que supe que habías desaparecido, *men* sentía la sensación que tenía un fuego en el pecho. Cuando me acuerdo de esos instantes, me pasa algo raro, algo como que me tengo que separar de mí. No estoy loco, *men*. Me tengo que ver como otro hombre, otra persona para tomar distancia de mí mismo, entre mí y la sensación sentida por mí, entre la sensación de mi mano y el miedo. Solo una distancia segura necesito para poder conectarme con ese instante. Porque en ese instante puedo hacer cualquier cosa conmigo mismo ¿sabés...? No sé. Entonces puedo, y entonces sigo. Un instante. Norita: ¿Por qué? *(Le dije)*. ¡Qué desastre, por Dios, Norita! Dije desastre, y qué bien dicho. Caminé lentamente hasta su cuerpo. Porque lo que vi después de caminar esos pasos fue un cuerpo devorado por gatos esqueléticos, por esos mismos gatos del baldío

abandonado que habíamos rescatado el día que me regaló a mi gato Sandor. Es como ese instante que sucede después de un accidente. Un accidente de tránsito. Yo tuve varios accidentes de motos, por eso lo tengo claro, *men*. Y exactamente es un accidente lo que voy a ver después de ese instante que estuve parado en esa puerta. La puerta de Norita. Su cuerpo y yo. El cuerpo de Norita en un accidente de abandono, una mujer abandonada y devorada por el abandono de cuatro gatos, los últimos cuatro gatos del baldío de la iglesia... Porque el abandono produce eso, *men*. Cuando te abandonan querrías incendiar el mundo, a todo quien o cosa cerca tuyo. Y esta vez no va a ser distinto, *men*, juro por mi Dios, *men*. Y no sé por qué traigo esta puta historia. Sí, ya me acuerdo, por mi gato Sandor.

Juan: Sándor no Sandor.

Cabeza: ¿Qué?

Juan: No es lo mismo. No suena igual.

Cabeza: Pero no seas pelotudo, pedazo de verga. No te

interesó nada lo que te conté, puto. Te conté sobre unas de las personas más importantes de mi vida y vos me salís con esa estupidez. ¡Qué mierda me importa el escritor miedoso ese! Que se vaya a comer la mierda de tus lombrices, que se atore de mierda y cuando se canse de comer mierda ahí que deje caer algunas líneas, seguro que van a ser mejor... ¿y qué me querés decir?

Juan: ¿Por qué?

Cabeza: No sé.

Juan: Insistís porque fui el que dio el primer paso para encontrarnos.

Cabeza: A lo mejor es buena razón. Yo he hablado como un loro desde el instante que le di un golpe a la puerta de mi camioneta y llegué a vos. Un golpe que provocó un impulso para llegar hasta este lugar. Porque no creas que no me costó ese instante que paré la camioneta en la carretera y me dije: mierda, acá estoy. Me costó ese instante, *men*, cerrar de un golpe la puerta de la camioneta y llegar hasta aquí y decirte: «¡Llegué, *men*! Sí, ¡acá estoy!»

Juan: Para mí también, ¿cómo decirlo...? No sé, no tengo

palabras sobre ese instante. Ese instante que golpeaste la puerta. Ese instante que bajaste y que diste los primeros pasos hacia mí. Solo pensé: ¡Mierda, diez años! Y en diez años pasan cosas. Y todo ese tiempo estaba concentrado ahí, pensé.

Cabeza: ¡Al grano!

Juan: El portazo, el caminar fuerte. Tu cuerpo macizo de hombre ya, un cuerpo fuerte y seguro como si conociese secretos. Como si escondiese algo en sus huesos, en su sangre, en su carne, los secretos de años no revelados y de los otros, de años de una vida que ha dejado agujeros; de una vida difícil de traducir en algún idioma. De secretos que las palabras no pueden expresar.

Cabeza: ¡Al grano, *men!*

Juan: Nike en tu pecho... Cuando te acercaste vi tus abdominales fuertes, transpirados y tu pecho. ¡Qué pelotudo ese tatuaje!

Cabeza: El imperio en mi pecho, profe.

(Silencio)

Juan: ¿Me llamaste profe?

Cabeza: Todo bien, *men*. Te dije que esperaba esta llamada, que me gustó el momento en el que recibí el pedido de que viniese a este lugar... ¿y entonces?

Juan: *(Le tira un revólver)* Tomá.

Cabeza: ¡Estás loco *men*!

Juan: *(Ríe)* No te asustes, botija. Nada especial. Es tuyo. ¿Te acordás de que te lo requisaron en el pabellón en unos de esos interrogatorios? Bueno, volvió a vos.

Cabeza: *(Rascándose la cabeza)* Interrogatorios con las cámaras, sí. Okey. Gracias.

Juan: *(Se acerca a él, lo besa)* Quiero pedirte que por un instante todo sea como antes. Un instante como el último encuentro.

Cabeza: *(se golpea el pecho, con los ojos rojos)* Este tatuaje es por mis champions. Los champions que me regalaste hace más de diez años. La última vez. Me los diste en ese instante en el que cerrabas la puerta sabiendo que no ibas a volver.

Juan: Está amaneciendo.

Cabeza: Sí. Rojo.

Juan: Mirá lejos.

Cabeza: El sol es una bola roja.

Juan: Deambulábamos con harapos negros.

Tiempo afiebrado, tiempo dolido.

Batallamos solos, entre ruinas.

Combatíamos para hacer frente a los vientos.

Empapados, embarrados, locos un tanto locos,

sorteábamos surcos, masticando bulbos,

hambre teníamos y mucho frío.

Amapolas. Soñamos con amapolas

fulgurantes de pétalos rotos.
No Rojos. Los pétalos eran rojos.
Tanta sed teníamos: de gotas de rocío,
de un rosario de rosas, de la fe en Cristo.
Lluvia que no es lluvia, lágrimas que aún no eran
lágrimas.
Silbidos de trotamundos, tiempo dolido, tiempo dolido.
Afiebrados dormimos. Tensamos la vibrante cuerda.
Conspiramos y Soñamos. Tensamos la violenta vida.
Huimos juntos de una noche blanca
lastimados pero con fuerza, mucha fuerza
Iniciamos nuevos caminos.

(Lluvia finita de sangre sobre el campo, amanece).

Domingo. Justo después del mediodía.

(Domingo, después del mediodía. Juan trabajando en el proceso de secado de la bosta de caballo y perfeccionando el sistema de regado de las palanganas. El cabeza se acerca armándose un cigarro).

Juan: ¡Buenas, caballero!

Cabeza: Buenas.

Juan: Mmm ¿conservás esa costumbre?

Cabeza: ¿El pucho?

Juan: Bueno, eso también.

Cabeza: No entiendo.

Juan: El mal humor. Te cuesta el levantarte de la siesta.

Cabeza: Naaa, *men*. Estoy serio.

Juan: Con el aire inmenso que hay acá... ¿vos te prendés un pucho?

Cabeza: ¿Te molesta, viejo? Mi *life*.

Juan: Bueno, dale. Prometiste hacer tareas. Ese era el trato, ¿no?

Cabeza: No exactamente. Acepté tu invitación y ya que estoy te ayudo con este invento.

Juan: Gracias, Vení. Te cuento entonces. Ves este trillo de mierda mojada; es mierda recién traída. Ayer la traje del campo vecino, de donde cagan los caballos; luego necesita un día de sol y aire. Hoy siguiendo el proceso, tenemos que darla vuelta para que siga oreando. En este otro trillo del medio hay mierda desde hace siete días; está a mitad del proceso; tenemos que pasarle esta máquina para engrosar los poros de respiración; luego dejarla unos siete días más y entonces queda lista para alimentar a las lombrices. Y la mierda de este otro trillo

de la izquierda está lista; tenemos que transportarla en tandas hacia las palanganas donde están las lombrices, ¿Okey? ¿Te quedó claro?

Cabeza: ¡Mierda!

Juan: Sí, mucha. Vení, Arrancamos con el trillo izquierdo, llenamos estos recipientes y los llevamos a las palanganas. ¿Okey?

Cabeza: Menos mal que no es muy largo el trayecto, si no mierda de laburo, ¿eh?

Juan: Todo pensado, querido. Cada quince días se libera un trillo, traigo mierda del campo vecino y así sucesivamente.

Cabeza: Un ritual.

Juan: ¿Qué?

Cabeza: Igual que lo mío con el Santo: procesión, vuelta en la calesita, torta frita, los 3 de junio. *(Se ríe)* ¡Pará! no te enojés. Una chanza, *men*.

Juan: Bueno, ¿empezamos?

Cabeza: Oki, empecemos con la *rotations* de mierda. ¡Ja!

Juan: Lo bueno de esto, es que tiene la lógica serial, siempre lo mismo, en el mismo orden y con los mismos tiempos, entonces la cabeza, se te puede divagar, ir, viajar... en fin.

Cabeza: Trabajo de preso.

Juan: ¿Sí?

Cabeza: Se me viene el pabellón

Juan: Mirá que saliste quejoso.

Cabeza: Mirá, *men*, no me jodas mucho que me encontrás. ¿Okey?

Juan: ¡Pará! No te pongas loquito.

Cabeza: Te merecés que te reviente de una piña, pero me la guardo para otro momento. Me estoy poniendo bravo ¿sabés? Contrariado. Y cuando se me viene la tranca revivo enojos pasados, y esos enojos pasados se me confunden con el presente y todo se me entrevera en la cabeza. Y me hace run run run. Y me pongo tan bravo como cuando tengo cámaras en mi mente y me voy, pero no a la línea donde se juntan el campo y el cielo, me voy a la mismísima mierda, *men*. Y en la mismísima mierda puedo llegar a hacer cualquier cosa. Uno, dos y tres, pumm

(Agarra el revólver y tira un chumbazo al cielo)

Un gorrión, jeh!

Juan: ¡Pará, loco! Bajá.

Cabeza: Vine mal de fábrica, *men*; y cuando estoy en la mismísima mierda no puedo bajar. ¿Me entendés?

Juan: Okey. Entendido. Tranquilo. Por ahora no quiero morir. Solo por ahora.

(Ataque de risas algo nerviosas de ambos)

Cabeza: ¿El Rony y la María?

Juan: Esperaba que me preguntaras por ellos. Sabía que te acordarías...

Cabeza: ¿Cómo no voy a acordarme? Me encantaba que me llevaras a tu casa. Me encantaba salir con ustedes, los cuatro. Me encantaba saber que venía un feriado y que me iba del pabellón de mierda para pasar en familia. Por eso, *men*, cuando desapareciste no solo te perdí a vos, sino que perdí una familia. Mi familia, *men*. Sí, una familia que había inventado en mi cabeza y que inventaba todos los días de mi vida.

Juan: Con María nos separamos en el verano del 2011. No la vi más. Dolió, pero así se cuenta esta historia. Con mi hijo... fue otro tema. Prefiero... más tarde.

Cabeza: ¿No los saliste a buscar, *men*?

Juan: No.

Cabeza: *(Mirándolo)* Oki.

Juan: ¿Te puedo pedir que dejes las carretillas en el medio de las dos palanganas?, así es más fácil distribuir la mierda.

(Ataque de risa de ambos...los dos algo nerviosos)

Cabeza: Raro este lugar. Se parece al fin del mundo. Se parece al fin de todo.

Juan: «Nada está llegando a su fin en realidad, más bien se está disolviendo en el aire».(*)

(El cabeza lo mira pensativo)

Cabeza: Oki.

Juan: Y si querés podés leerme la Biblia *(ríe)*. Soy uno más de esos solitarios tuyos.

Cabeza: No seas pelotudo, *men*.

(*) Franco «Bifo» Berardi - Fenomenología del fin

Juan: Acercate aquí, te muestro de qué va la cosa. ¿Las ves? ¿Ves las lombrices? A estas coloradas se las llama lombrices madres, son las más productivas en el proceso. Y estas otras que se distinguen por esta delgada línea en el medio son las hijas. Si bien tienen el metabolismo más lento son tan necesarias como las otras. Si no existiesen las segundas, las primeras no tendrían razón de ser. Complementarias para el proceso.

Cabeza: Sabía que me ibas a buscar hasta encontrarme. Lo sabía.

Juan: ¿No te importó nada mi explicación?

Cabeza: Bueno, algo... Te decía que sabía que me ibas a buscar y tanto lo sabía que es como si hubieses caído en mi trampa. Sos un tipo curioso, *men*, y para caer en una trampa se necesitan dos cosas: que la víctima tenga curiosidad y también se necesita tiempo, y a mí el tiempo es lo que me sobra, *men*. Eso lo aprendí de Norita cuando rescatábamos gatos en los baldíos.

Juan: ¿No te importo nada mi explicación sobre las lombrices?

Cabeza: Una mierda, Juan.

(Cambia dispositivo escénico, se prende la cámara frente al Cabeza. Se proyecta primer plano de su cara en todo el dispositivo escénico simulando unas de las tantas entrevistas del reformatorio. Su cara se proyecta en el campo verde alucinado. La imagen se fuga hasta el límite de campo y cielo)

Cabeza: *(El cabeza a la cámara)* Traje una trampa y voy a hacer por todos los medios que entres en ella, vas a caer en mi trampa. *(Mira en forma inquisidora.)* Bueno, no sé, cosas de la ficción, lo cierto es que vas a entrar en esta trampa y en los primeros minutos que estés en ella te vas a sentir feliz, porque creíste haber entrado por tu deseo, pero no, esto es perverso, no entraste por tu deseo, entraste por tu necesidad o instinto y ahí vas a sentir que no es felicidad lo que realmente has sentido, te has sentido engañado, embaucado, estafado, te has sentido como el más pobre e infeliz, vas a sentir por primera vez lo que sos y lo que querés ocultar al mundo entero, te vas a sentir un pobre tipo, un idiota. Traje este trampero y vas a caer en esta trampa, el mismo trampero con el cual iba a los

suburbios abandonados a buscar aquellos cuatro últimos gatos que caminaban en círculos, y ellos también por necesidad o instinto se iban acercando hasta caer en él, pero era la curiosidad que los alentaba a entrar, para ellos la trampa era otra cosa, la trampa era solo una trampa y por un rato, por poco tiempo, sabían que luego iban a estar mejor y se iban a adaptar a una nueva vida. Los últimos gatos que caminaban en círculos eran sabios, no le pedían tantos requisitos a la trampa, no le pedían tantos requisitos a un simple objeto. El hecho es que traje el trampero a este lugar donde estamos vos y yo, y también yo vine hasta este lugar por necesidad o instinto, este lugar cerca de la línea que une el campo y el cielo, este lugar atrae a las personas que esperamos algo, que esperamos a alguien mientras la luna se pone roja, pero no quiero desviarme, quiero decirte que vas a entrar en esta trampa, y te vas a sentir como el más infeliz de los infelices por no entender, por no comprender de qué se trata la cosa, por no entender o no comprender nada de la vida, ni siquiera de tu pobre vidita infeliz y burguesa, te vas a sentir como un imbécil engañado por haber entrado en esta trampa, y no vas a entrar por la fuerza o por la violencia, no: vas a entrar por no entender de qué va, te vas a ir acercando por necesidad e instinto, por la misma necesidad e instinto

de los animales, de esos animales que al igual que nosotros esperan que la luna se ponga roja, por la curiosidad de esos últimos animales que caminan en círculos al igual que nosotros en este lugar que se parece al fin del mundo, como los últimos gatos abandonados de aquel baldío de la iglesia, que estaban solos, aquel domingo. Te vas a ir acercando y vas a terminar entrando *men*, esto es lo que tiene de común el abandono, tiene el mismo olor y la misma forma de reaccionar, el abandono dispara la curiosidad y todos terminamos entrando por necesidad e instinto, o simplemente por miedo. Vas a entrar y te vas a sentir como la última mierda, como la mierda que comen tus lombrices, por no entender de qué se trata esta historia. Vas a pensar que llegaste al útero de mamá, y le vas a exigir a la trampa: seguridad, calor, una comida calentita, y le vas a pedir a la trampa cosas que un mierdoso trampero no te puede dar. Esto es solo una trampa, solo es eso. El tema es que está muy brava la humanidad y no comprende de qué va la historia. Un animal con su necesidad e instinto entiende de qué va la cosa y no le pide peras al olmo, y se adapta. Y de eso se trata; de adaptarnos ¿no? De adaptarnos en este aquí y ahora mientras no caiga la peste, porque va a caer, de eso estoy seguro, y después se verá. Te decía, vas a terminar

entrando, y cuando estés dentro vas a gritar desesperadamente como un gato en celo, tu grito se confundirá con un maullido desesperado, vas a gritar como un bebé destetado, vas a maullar como un bebé desesperado por el abandono de la teta de su madre. Y ahí te vas a preguntar: ¿qué hago yo en esta jaula? ¿Por qué quise entrar? Y ahí estaré yo para decirte. Los animales son más sabios, entienden todo. Esta trampa es una trampa. Esta trampa no tiene nada que ver con un útero, no tiene nada que ver con la seguridad de comidas calentitas, con familias felices. Nooo... Y mucho menos con el amor de una madre. Y entonces. estoy seguro, hubieses preferido haber abortado tu pobre vidita burguesa, antes del comienzo de esta historia.

(El cabeza termina entre risas de rabia y lágrimas, se descontrola, Juan trata de volverlo en sí)

Juan: *(Lo abraza)* Cabeza, tranquilo. Ya pasa. Tranquilo.

Cabeza: Tengo cámaras en mi mente. Cámaras todo el tiempo. Cámaras para verme mear, cámaras para verme comer, cámaras hasta para verme dormir. ¡Por Dios! Cámaras domesticadas a seguirme, cámaras que

me controlan. Te confieso algo: hay veces que sueño que tengo cámaras en mis pies.

Juan: Shhhh

Cabeza: *(afiebrado)* Mirá cómo sangran mis muñecas. Mirá como sangran mis muñecas.

Tengo un sueño recurrente, *men*.

Me sueño junto a cadáveres de otros jóvenes. Mucha hambre en mi sueño. Una pesadilla, *men*.

Junto con otros jóvenes buscábamos comida en la basura, cuando alguien nos vino a matar. Lanzaron gases sobre la basura y bombas sobre mis muñecas. Mirá como sangran mis muñecas.

Yo y los cadáveres de otros jóvenes. Ya había muerto mi familia. Toda mi familia. Había muerto mi madre, mis hermanos, mis abuelos y también murieron los cadáveres de otros jóvenes por culpa de ustedes. *(Al público)* ¡Asesinos! Me quedaba solo, devastado como en una guerra y entonces llegaste vos con tus canciones. ¿Te acordás de alguna?

Juan: Recuerdo el juego que me proponías en los momentos en que estabábamos tristes...

Cabeza: ¿Cuál?

Juan: El de las listas... ¿Te acordás?

Cabeza: No.

Juan: Listas de todas las cosas lindas que nos pasan en un día. Porque siempre pasan cosas lindas. ¿Empiezo con una lista, ahora?

Cabeza: Dale, sí.

Juan: 1.-Las margaritas que nacen en el basurero. 2.-La cara de felicidad de tu hermano siempre que gana un partido de fútbol. 3.- Los zapatos rojos que te regaló el padre de Francisco. 4 - Los lengüetazos de tu perro Piolín.

Cabeza: *(Semi dormido)* No. Los lengüetazos de Piolín no.

Juan: Está bien, los lengüetazos los borramos de la lista.

(El cabeza profundamente dormido)

Juan: Despertabas ciego, por sombras alucinabas.

La puerta de tu albergue reflejaba
humedad de tu celda, que jurabas no volver jamás.
Nubes de tu infancia, nubes de Dios,
que sostenían el pie de Cristo
memorias del pincel de Rafael.

(Al público)

Los jóvenes de las motos accidentadas
no levantaban sus cabezas, tampoco murmuraban.

De vez en cuando gritaban:

¡Las nubes! ¡Las nubes!

Las nubes se esconden pero están ahí,

Siempre están ahí.

¿Me conocen ustedes? ¿Saben que estoy aquí?

Escribiendo, mientras el mundo se descompone.

La luna se eleva, llena de sangre de luna.

Se eleva más allá, de la línea que une el campo y el cielo.

La luna roja.

Domingo. Justo antes del anochecer.

(Domingo antes del anochecer. Los últimos rayos de sol tiñen de rojo la línea que une el campo y el cielo, rojo sangre a lo lejos, muy lejos. El cabeza pone gasolina a la camioneta, limpia los vidrios, chequea los neumáticos).

Cabeza: ¡Me voy, men! Sí. Me voy.

Juan: *(Levanta la vista y hace un ademán)* Ah, ja.

Cabeza: Me gustó haber pasado un domingo contigo, en este lugar. Raro ¿no?

Juan: *(Mirando pensativo)* Ah, ja.

Cabeza: ¿Nos vamos a dar un abrazo, o qué?

Juan: ¿Por qué le contaste todo a Rony?

Cabeza: No entiendo.

Juan: Siempre dijimos que era un secreto nuestro. Un secreto tan nuestro, que nos lo prometimos mirándonos a los ojos, ¿te acordás?

Cabeza: No.

Juan: ¡Por favor!

Cabeza: En realidad, no lo sé. Creo que le estaba contando lo mucho que eras para mí. Sí. Ahora...algo recuerdo, le estaba diciendo lo importante que era haberte encontrado y lo que representabas para mí. Él me dijo algo así: «Cómo un padre» y yo le dije: «No, mucho más», le respondí. «Es mi todo. Es mucho. Muchísimo...» y ahí en ese instante empecé a hablar. Hablé mucho... de vos, de nosotros dos...Bueno, me fui a la mierda con todo lo mucho que hablé. Cuando quise acordarme había roto el pacto.

Juan: ¿Así que yo era mucho para tu vida? *(Lo tira al piso de una trompada)*. Bueno pedazo de mierda, yo de un día para otro perdí casi todo y como había perdido casi todo, también te quise perder. ¿Te quedó claro?

Cabeza: Pará la cabeza, *men*.

Juan: Juan. Decime Juan.

Cabeza: ¿Le ponés de nombre Rony a tu hijo y yo no te puedo decir *men*?

(Juan le da un par de patadas)

Juan: No.

Cabeza: No estamos en igualdad de condiciones para conversar un tema grande; yo estoy tirado en el piso y vos me estás pateando.

Juan: Te sentís mal, ¿verdad?

Cabeza: Como la mayor de las bostas que comen tus lombrices.

Juan: ¿Cómo pensás que me sentí cuando Rony trató de matarme con su navaja? Digo trató porque tuve la

fuerza de agarrarle el brazo y desviarle su blanco. Era domingo de madrugada. Yo iba rumbo a la cocina en busca de un vaso de agua. Rony había tomado, como todos los sábados por las noches. Me confesó que yo le daba asco. «Me das asco vomitivo, papá» y dijo otras cosas más. Me decía todo eso con la navaja cerca de mi pecho. Me dijo todo eso y mucho más; me dijo «puto», «abusador», «te mereces pudrirte en tu propia mierda». Tenía sus ojos inyectados en sangre. Yo: «Tranquilo Rony», le dije agarrándole el brazo, «dejame que te cuente». Rony: «¡No quiero escuchar una palabra de vos, hijo de la gran puta!» me decía temblando. Yo: «Rony por favor; dejame sincerarme como lo puede hacer un padre a un hijo», le dije. Rony: «Mirá, pedazo de una mierda, tragate todas las palabras mierdosas que no quiero escuchar y date por muerto desde este instante para toda tu vida», me lo gritaba, y tanto me lo gritaba, que sentí el dolor más fuerte que había sentido nunca aquí». *(Se toca el pecho)* Como si me hubiese clavado su navaja. Luego golpeó la puerta de la cocina y jamás lo volví a ver. Me quedé tirado en el suelo de la misma forma que estás vos en este instante y con muchas palabras atascadas por decir. Con muchas cosas por contarle. Y mucha culpa. Con culpa de no haberle dado la posibilidad de que me conociese. Con culpa de no

haberle dicho lo que sentía todos los días de mi vida en ese laburo de mierda en que te conocí, en ese almacén de menores infractores. En ese lugar dónde se reventaba hora a hora el presente de algún joven como el de mi hijo. En ese lugar donde se pensaba que los jóvenes tuviesen la culpa de todo, donde se actuaba como si en los hogares estuviesen llenos de asesinos y las aulas llenas de traidores. Y entonces; me compré toda la culpa e impotencia. Culpa de no haber podido gritar la culpa que sentía de haber leído miles de expedientes que se archivaban y cada archivo equivalía a una muerte. Impotencia de saber que detrás de todos esos expedientes había vidas agotadas, reventadas, un mundo sin salida. Rony me dijo algo que yo sabía. Mi hijo esa madrugada me dijo que era una mierda y yo me sentía esa mierda desde hace mucho tiempo atrás. En esa madrugada las situaciones parecían encadenarse y confundirse de igual forma que en este instante que lo recuerdo todo, de igual forma como nos vemos nosotros con la niebla de esta mañana. Como la misma niebla que me impidió reconocerte cuando golpeaste la puerta de tu auto y te acercaste a mí; y me dijiste «¡Llegué, *men!* Sí. ¡Acá estoy!». Sigo, esa madrugada en que hijo y padre estando frente a frente; que mi hijo para ser más preciso me dijo cosas, la única testigo era esa misma niebla;

nuestros contornos se veían difusos como si estuviésemos borrachos, como si el mundo entero estuviese borracho y no solo Rony. Como si el propio oxígeno , el ambiente y yo mismo estuviésemos borrachos; el tiempo se deslizaba de otra manera; más lento y más cargado; las palabras que salían de nuestros labios eran pesadas y materiales; mira estoy seguro que si esa madrugada las palabras de Rony se hubiesen caído al piso se hubiesen roto en pedacitos; pero no; no . No se cayeron al piso. Me las comí todas juntas. Todas sus palabras juntas y entonces Me dije y me digo: Me quedaré con mi carro de combate. Yo solo y mi carro de combate esperando el momento en que salga el sol. Fin de esta historia.

(Al público)

Perdón que esta historia no sea el total de mi historia, es que para acordarme de todo hay ciertas escenas de mi historia, ciertas cosas de mi historia que no tengo que contar, porque solo podría recordar olvidándolas y no quiero. No quiero olvidar ni un pedacito de mi historia. Quiero recordarla toda porque eso me da libertad. Hoy me siento con un pedazo mayor de libertad; saben que

cuando me pasa esto me dan ganas de cantar, y también ahora me vinieron ganas de cantar. Sí, ¡Quiero cantar vestido de domingo! ¡Quiero cantar en este campo alucinado!

(Volviendo a la escena)

¿Dónde hay un micrófono? ¿Es que no hay una mierda de micrófono en este lugar? Sí, estoy solo en este paraje y quiero cantar hasta que salga el sol. Lluve pero no me importa; voy a cantar hasta que salga el sol.

Estoy solo... ¿y qué?

No me duele ni un solo hueso.

Estoy entero. No voy a caer.

La ciudad quedó lejos y está lleno de suicidas.

Se suicidan en todas partes. En las calles, en los puentes.

En las cárceles y en sus propias casas.

Yo acá. Libre en este campo alucinado, cerca de dios.

Soy libre. Soy libre. Y estoy más cerca de amar. Lluve.

Soy libre. Soy libre. Y estoy más cerca de amar.

(Al público)

Mientras decía estas palabras «estoy más cerca de amar»; recuerdo que llovía y yo sonreía; ese mueca de sonrisa empapada por la lluvia que recorría mi rostro hacía mi felicidad más evidente ; porque la lluvia se asocia con la tristeza y mi sonrisa bajo la lluvia no puede sino aumentar el contraste y multiplicar el significado de libertad. Soy libre. Soy libre. Y estoy más cerca de amar.
(Volviendo a la escena)

Cabeza: ¿Por qué me hiciste creer que me amabas?

Juan: ¿Te lo hice creer?

Cabeza: ¿Como forma de rescatarme?

Juan: No. Uno siempre hace las cosas por uno mismo.

Cabeza: Caímos en nuestra trampa, *men*.

Juan: Sí. Y aquí estoy yo para decirte que los animales son más sabios, lo entienden todo, esta trampa es una trampa. Esta trampa no tiene nada que ver con un útero, no tiene nada que ver con la seguridad de comidas

calentitas, con familias y mucho menos con el amor. Esta trampa es más parecida a la peste que estábamos esperando que llegara.

Cabeza: Entiendo, *men*. ¿Es lo más parecido a la muerte? ¿Lo más parecido al fin?

Juan: Sí. Es lo más parecido. Lo más parecido.

Cabeza: ¡No! ¡Otra vez la cámara no, por favor! ¿Es verdad o es el verde del campo que me hace alucinar? Por favor no más cámaras que me persigan. (Al público) ¿Ustedes ven cámaras o las tengo en mi *mente*? ¡Por Dios!

(Cambia dispositivo escénico, se prende la cámara frente al Cabeza. Se proyecta primer plano de su cara en todo el dispositivo escénico simulando unas de las tantas entrevistas del reformatorio. Su cara se proyecta en el campo verde alucinado. La imagen se fuga hasta el límite de campo y cielo)

Cabeza: Mi cuerpo en un hilo de sangre negra.
(El Cabeza anestesiado)

Uñas / cabeza / mano derecha / mano izquierda / dedos,
todos los dedos / cartílagos / vómitos / tumores / quistes
/ quiste de 1mm y otro de 5mm / excreciones / tronco
/ orificios / orificios violados / y más orificios/esperma/
células, en un hilo negro de sangre.

El calor me abandona.

El corazón me explota. Taquicardia y luz blanca.

¡Quiero correr! ¡Quiero volver!

¿A qué distancia estamos de la línea donde se juntan el
campo y el cielo?

Mi cuerpo sobre un verde alucinado. Mi cuerpo dibujado
sobre el campo.

Ya no forcejeo. Ya no más tijeras.

Un hilo de sangre negra.

Uñas / cabeza / mano derecha / mano izquierda / dedos,
todos los dedos / cartílagos / vómitos / tumores / quiste
/ quiste de 1mm y otro de 5mm / excreciones / tronco/
orificios /orificios violados / y más orificios / esperma
/ células, dibujados en un papel blanco.

¿Se produjo el milagro?, Alguien pregunta.

No puedo responder; eso no lo puedo responder.

No quiero quedarme. Repito, no quiero quedarme.
Quiero volver.
La luz cada vez más intensa.
No basta con la palabra escrita para que se produzca un milagro.
Por eso puse mi carne, mis ojos, mis huesos todos, y el hilo de sangre también.
Un cordón quiso callar mi mueca.
Y mi grito ahogó la primavera.
Flores azules en el hilo de sangre negra.
Ya no hay nada que hacer ante mi guerra. Ya no hay nada que hacer ante una guerra.
No hay nada que hacer sobre la desesperación de mi guerra, ni sobre la tuya.
Ya no hay nada que hacer, solo poner el cuerpo.
No puedo escribir, tampoco leer.
Solo poner mi cuerpo en medio del miedo.
¿A qué distancia estamos de la línea donde se juntan el campo y el cielo?
Y entonces dibujo: Mis espasmos / contracciones / distenciones / pliegues / despliegues / tendones / nervios /

Huesos / piel /metros y metros de piel.

Una pregunta: ¿Cuántos metros de piel hay en un metro sesenta y cinco de altura?

No puedo responder, eso no lo puedo responder.

Verano del 97

Calor de la campaña

¿Querés jugar al caballito?

Mi sexo violentado

Violado /Saciado / golpeado

al galope de un caballito

mi sexo sobre un calzoncillo viejo.

Calzoncillo roído por los aires de una campaña brava

Mi sexo niño. ¿Querés jugar al caballito?

Bueno, dije.

Está bien, vení nene; este caballito es manso. No te va a doler.

Este es un secreto del caballito, tuyo y mío.

No le cuentes a nadie. Es un pacto. Un pacto de sangre.

¿A qué distancia estamos de la línea donde se juntan el campo y el cielo?

Mi cuerpo sobre una línea que se pone roja.

Uñas / cabeza / mano derecha / mano izquierda / dedos,
todos los dedos / cartílagos / vómitos / tumores / quiste
/ excreciones / tronco / orificios / orificios violados /
otros orificios / esperma / células, sobre la línea que se
puso roja.

Naranja. Recién se fue el sol. La línea que une el campo
y el cielo es naranja.

No. Roja. Ahora es roja.

Y se multiplicaron las muertes en el pasto verde de esta
campana brava. Pero no fue así. Era desierto. Tierra
resea. Pastizales grises. Cenizas y huesos. Esas cosas.
«Por eso la campana se llenó de cadáveres».(*)

Cadáveres de calesitas. Cadáveres de juegos infantiles.
Cadáveres de sonrisas inocentes. Cadáveres y más
cadáveres.

¿Querés jugar al caballito?

No pude responder, eso no lo supe responder.

¿Blanco? O ¿rojo?

¿De qué color es la línea que une el campo y el cielo?

Mi cuerpo en los baldíos abandonados

Caminando en círculos junto a esos últimos gatos.

Animales olvidados

(*) El accidente. Gabriel Peveroni

*(El cabeza corriendo como escapando de las cámaras;
va hacia la camioneta y trae el recipiente con gasolina)*

Juan: Shhhh ... Tranquilo, Cabeza. Mirá el cielo. Mirá esa línea delgada donde se juntan el cielo y el campo. Vení, Cabeza, recostate en mí que te invento un cuento. Te gustaba... ¿Te acordás?

(El Cabeza sigue corriendo con vehemencia, rosea los pastizales con gasolina. Tira un pucho que lleva en la boca y sigue corriendo con mayor velocidad. Explosión. No para de correr)

Cabeza: *(Al público)* ¿A qué distancia estamos de la línea donde se juntan el campo y el cielo?

¡Juan volvé! Por favor, ¡volvé!
Quiero olvidar.
¿Cuál es el color de la amnesia?
Amarillo. Creo que amarillo
Mi cuerpo sobre un papel amarillo.
¿Por qué no volviste, Juan?

No puedo escribir sobre esto. Esto me implica.

¿Cómo escribir de la ausencia? ¿Y del olvido?

¿Cómo escribir de un semicírculo de palos?

El dolor se escribe con dolor, la sangre con sangre y cuando no se puede más se pone el cuerpo, el cuerpo entero.

¿Y los lunares?

Los lunares también.

Sí, claro. Agujeros

No puedo dibujar mi historia entre tantos agujeros,

No puedo escribir nuestra historia entre tantos abandonos.

Norita (*susurre*), soy yo; vine por ti

Los lunares son agujeros del cuerpo

Norita: ¿Por qué?, *le dije*. ¡Qué desastre por Dios Norita!

Mi cuerpo lleno de agujeros lunares

De ausencias y abandonos.

Y el campo en llamas.

El campo en llamas.

(Silencio. Solo silencio).

ÚLTIMO ENCUENTRO

Maria Dodera: Directora de teatro reconocida como una de las principales del medio uruguayo en cuanto a investigación en espacios no convencionales. Ha dirigido -entre otras- las obras «Electra», de Sófocles; «Zaratustra» de Marina Cultelli, sobre textos de Nietzsche; «Calígula», de Roberto Suárez; «El Ejecutor», basado en el texto de Bernard-Marié Koltès; «Manhattan Medea», de Dea Loher; «El hueco», «Groenlandia» y «Berlín», de Gabriel Peveroni; «Zapatos Andaluces», de Laura Echenique; «Último piso del Hotel California» y «Nuremberg», de Santiago Sanguinetti; «Los muertos», de Florencio Sánchez. Es de destacar «War, las Mujeres de Shakespeare», «Burlesque, las mujeres de Cervantes», «Simone, mujer partida», «Rosa Luxemburgo, un cuerpo sobre el río Spree» tetralogía sobre la temática femenina, escrita en coautoría.

Egresada de Teatro Uno y de la Escuela de la Gaviota de Montevideo.

Ha perfeccionado sus estudios en París, Madrid, Berlín, Londres y Atenas.

Fue invitada con su obra como representante por Uruguay a: Washington (Estados Unidos), Santo Domingo

(República Dominicana), Porto Alegre, Victoria (Brasil), Hermosillo, Culiacán, Reynosa, Monterrey, Colima, Morelia, México DF (México), La Habana (Cuba), Barcelona y San Sebastián (España), Londres (Inglaterra), Estocolmo (Suecia), Copenhague (Dinamarca), Oslo (Noruega).

Obtuvo el premio Florencio Revelación en 1991, el premio ITI en 1999 y el premio Iris por la dirección de Berlín. Su producción artística cuenta con más de cincuenta nominaciones a los Premios Florencio de la Crítica en diferentes categorías, así como numerosos premios en su producción teatral como directora de MaDo arte. El texto: «Rosa Luxemburgo, un cuerpo sobre el río Spree» en coautoría con Rafeal Massa, Gabriela Iribarren y Marcel García obtuvo el premio Florencio Sánchez a «Mejor Texto de Autor Nacional» edición 2018.

En 2014 obtuvo por su trayectoria el premio FEFCA de la Dirección de Cultura del Uruguay.

www.mariadodera.com

El prólogo está a cargo de **Iani Haniotis Curbelo**, Licenciado en Filosofía por la Universidad de la República (Uruguay) y Magíster en Literatura por la Universidad Ludwig Maximilian (Munich, Alemania).

Las fotografías utilizadas en tapa, contratapa y afiche de la obra teatral «Último Encuentro» están a cargo de **Alejandro Persichetti**, fotógrafo y diseñador gráfico profesional. (Montevideo, Uruguay)



FRANCO RILLA
HORACIO CAMANDULLE
FEDERICO DEUTSCH

ÚLTIMO ENCUENTRO

UNA OBRA DE TEATRO ESCRITA Y DIRIGIDA POR
MARÍA DODERA

DISEÑADORA DE ILUMINACIÓN IVANA DOMÍNGUEZ DISEÑO DE VESTUARIO JOHANA BRESQUE DISEÑO DE VISUALES FRANCESCA CROSSA
DISEÑO DE ESCENOGRAFÍA MATEO PONTE DISEÑO GRÁFICO Y FOTOGRAFÍA ALEJANDRO PERSICHETTI

MaDo_arte